

## EL PATRONO DE BUENOS AIRES

*Sumario:* Biografía de San Martín de Tours.—Es elegido por patrono de Buenos Aires en 1580.—Celebración de su fiesta desde 1606 hasta 1622.—Tiempos posteriores.—Incidente de 1775.—Rosas depone de su honroso patronazgo «al francés unitario San Martín de Tours» y nombra en su lugar «al ciudadano naturalizado San Ignacio de Loyola».

Hace más de trescientos años que la ciudad de Buenos Aires celebra anualmente la fiesta de San Martín de Tours. Puede decirse, no obstante, que son contadas las personas que tienen alguna noticia de la vida del santo o conocen los datos históricos que van ligados a esta conmemoración tres veces secular. Tal vez sean de interés, y aun de positiva utilidad, los datos que hemos podido obtener y que a continuación consignamos, relacionados todos ellos con la festividad del que ha sido siempre patrón y protector, ante Dios, de la ciudad de Buenos Aires.

\* \* \*

San Martín de Tours no era de nacionalidad francesa, como ordinariamente se cree, se dice y se escribe. Era húngaro y había nacido en Sabaria (Steinamanger en alemán y Szombathely en húngaro), ciudad de Panonia. No se sabe con certeza la fecha de su nacimiento, como tampoco la de su muerte; pero parece muy probable que la primera corresponde al año 316 y la segunda al de 397.

Era aún muy joven cuando, en compañía de su padre que era tribuno militar, pasó a Italia, y hallándose en la ciudad de Pavía, se enroló en el ejército romano. Fué en las filas del ejército y en medio del estruendo de la vida militar que comenzó a conocer y apreciar las máximas religiosas y la severa moral del Cristianismo, y no es de extrañar, pues a la sazón cundía por doquier el espíritu cristiano y era aún un hecho contemporáneo la conversión del emperador Constantino.

Había pasado con su regimiento a las Galias y encontrábase Martín en la fortificada Amiens cuando, en una mañana de intenso frío, se encontró con un pordiosero harapiento a las puertas de la

ciudad. Compadecióse el joven de aquel hombre infortunado, y desenvainando su espada, cortó parte de su manto militar y cubrió con él al mendigo. Este hecho, que parece histórico, fué objeto de múltiples leyendas, canciones y baladas durante toda la Edad Media. Ni la piedad de Eneas con su anciano padre tuvo mayores admiradores ni más numerosos cantores.

Al suceder este hecho era San Martín catecúmeno aún, si bien parece cierto que muy poco después recibió el bautismo a orillas del Rhin. Se hallaba, a la sazón, en Worms. Algún tiempo después se retiró del ejército y pasó a Poitiers para ingresar en el claustro de monjes, fundado y dirigido por San Hilario. Ignoramos cuánto tiempo estuvo aquí, pero consta que en 353 hizo un viaje a la Lombardía con el objeto de visitar a sus ancianos padres, y que durante su largo viaje tuvo que sufrir los malos tratamientos con que le molestaron de continuo los arrianos, y muy especialmente el obispo de Milán, Auxencio.

Viendo que nada podía contra tantos y tan potentes adversarios, se refugió en la isla Gallinaria (ahora Isola d'Albenga), en el mar Tirreno; pero en 361 volvió a Poitiers, a ponerse bajo la dirección de San Hilario y dió principio a la vida eremítica en un paraje cercano denominado Ligugé. Siguieron su ejemplo otros muchos varones fundadores de aquella Tebaida gálica que, en tiempos posteriores, dió origen al afamado monasterio de Ligugé.

Unos diez años pasó San Martín en aquella soledad y vida de ermitaño, que sólo abandonaba de vez en cuando, para predicar la palabra de Dios en las poblaciones vecinas.

En 371, al morir el segundo obispo de Tours, San Lidorio, se trató de nombrar por su sucesor al insigne ermitaño de Ligugé. Negóse él a ello, pero el pueblo todo le aclamó por su obispo y le obligó a aceptar la dignidad que tanto deseaba esquivar. Fué consagrado el día 4 de julio de 372, y desde ese día fué San Martín el alma del pueblo confiado a su cuidado y dirección.

Su influencia, como obispo, se extendió a toda la Francia, principalmente a la región de Touraine. Grande fué su celo en reprimir a los herejes Prescilianos e Itacianos, y grandes sus desvelos y trabajos en sofocar otras herejías que pululaban doquier en aquella época de desasosiego y turbación intelectual. Este celo le mereció el epíteto de Patrono de las Galias.

En el año 395 hizo un viaje a Roma, y a la vuelta del mismo residió una temporada en Candes, donde había fundado un gran mo-



nasterio, y allí fué donde terminó sus días en 397. Contaba a la sazón 81 años de edad.

Francia considera a San Martín como una de sus preclaras glorias nacionales, y cierto es que pocos santos llegaron a tener tanta popularidad durante la Edad Media. El cuerpo del gran obispo de Tours fué trasladado de Candes a Tours y encerrado en un sarcófago de piedra, conservado primero en una capilla y desde el año 470 en una suntuosa basílica, que fué agrandada en 1230, pero enteramente destruída en 1562 y 1793. En 1860 se hicieron excavaciones y se pudo determinar con precisión el punto en que estuvo el sepulcro del santo y sobre él erigió Monseñor Meignan, Arzobispo de Tours, la magnífica basílica que hoy día tanto ennoblece a la capital de la Touraine (1).

\* \* \*

Tales son, en líneas generales, y a grandes rasgos, los datos biográficos y los hechos históricos del que es patrono de la ciudad de Buenos Aires y lo ha sido desde el año 1580.

Garay repobló y fundó por segunda vez la ciudad bonaerense el día 11 de junio de 1580, y cuatro meses más tarde, el jueves 20 de octubre «en la ciudad de la Trinidad, que es el Puerto de Buenos Aires», se reunió el Cabildo, presidido, según era de derecho, por la suprema autoridad que residía en la población, Juan de Garay; y «halláronse presentes» el primer alcalde, seis regidores y el procurador. «Primeramente se trató, dice el Acuerdo, que por suerte cupo a esta ciudad por Patrón al señor San Martín, y que aquel día es justo solemnizar la fiesta, pues cae el 11 de noviembre, y que se dé orden quien saque el Estandarte Real.»

Esta distinción corresponde al alférez, pero no lo había, y el acuerdo prosigue: «y se platicó el uso y costumbre que en esto hay, y se acordó en conformidad de todos los señores del Cabildo que el Regidor más antiguo de cada año lo saque, y esta costumbre se guarde siempre». El Regidor más antiguo era entonces, según afirma el Padre Larrouy, el español Pedro de Quirós, de 36 años (2).

Como escribe el mismo historiador, el patrón que el fundador de-

(1) *Analecta Bollandiana* (París, 1884-1886), III, 217-257, 422; IV, 331-333; V, 484-432.

*Acta Sanctorum*, 11 de noviembre. Este volumen es el último publicado por los Bolandistas, y todo él dedicado al estudio de San Martín.

(2) GARAY. *Los orígenes de Buenos Aires*. (Bs. As. 1915), pp. LXXXII-LXXXIII.

signaba a veces desde el primer día, podía ser el santo de la advocación de la ciudad como vemos por las actas de fundación de Tucumán y Santiago del Estero, o el de la Iglesia, como en la primera y segunda fundación de Mendoza y en la de San Juan, o el Patrón del mismo fundador como San Luis del fundador Luis de Loyola, y San Ramón de Orán fundada por Ramón García de León y Pizarro. En algunos casos vemos que el santo titular era escogido por suertes, como se hizo en Salta, como nos dice el Padre Lozano (IV, 365).

Probablemente se hizo lo mismo en Buenos Aires, pero no consta. Una tradición muy divulgada perpetúa al través del tiempo la versión de que se acordó librar a la suerte la designación del patrono, y que como resultase agraciado por ella el apóstol de las Galias San Martín de Tours, el cabildo, teniendo en cuenta que este santo era francés (así lo creían erróneamente), lo rechazó, pero habiéndose vuelto por dos veces a echar nuevas suertes, dieron siempre el mismo resultado.

No nos consta si los fundadores de nuestra capital se contentaron con un solo patrono, o si además eligieron algún otro secundario, como era entonces bastante común. Santiago del Estero, según nos dice el Padre Lozano (IV, 143-4), tenía seis patronos o abogados particulares contra ciertas enfermedades o males públicos, y en Córdoba tocó por suerte para abogada contra la plaga de gusanos que infestaban las mieses, a Santa Eulalia.

De Buenos Aires es el siguiente «acuerdo» tomado por los cabildantes el día 19 de octubre de 1616: «se acordó que se celebre la fiesta de San Simón y Judas que se tomó por esta ciudad por abogado contra la plaga de las hormigas y ratones, y se diga la misa cantada como es costumbre...», y acordaron además que «los diputados den noticia al cura cómo tiene obligación de decir la misa el día de las Once mil Vírgenes, fiesta votiva de esta ciudad para que se diga» (1). Según afirma el Padre Larrouy, ya en 1607 se había acordado celebrar esta fiesta de las Once mil Vírgenes, porque habían librado a la ciudad y sus términos «de la innumerable cantidad de langosta que había».

Todos los datos que conocemos parecen indicar que así San Simón y Judas, como las Once mil Vírgenes que se acaban de mencionar, eran abogados contra diversas plagas, males y enfermedades,

---

(1) Acuerdos del extinguido Cabildo, III, 374.



no patronos propiamente tales. Es indudable que San Martín fué considerado siempre, si no como patrono único, ciertamente como el principal y primordial.

La determinación acordada por los cabildantes en 1580 de que el regidor más antiguo de cada año sacara el real estandarte a fin de dar mayor pompa y solemnidad a la fiesta de San Martín de Tours, era entonces un acto que sólo podía permitirse en raras ocasiones y con justa y honrosa causa. «Cosa estimada y a quien se debe venerarse, dice un documento colonial, el estandarte del Rey Nuestro Señor, en el cual está la imagen de Nuestra Señora, Madre de Dios, la Virgen Santa María, y en el otro lado, las iniciales del Rey, a quien plazca a Dios guardar muchos años».

Estas frases expresan el singular respeto y veneración que los antepasados tenían a esta insignia. En el Museo Histórico de Buenos Aires se conserva aún el real estandarte que existía en el Cabildo cuando tuvieron lugar los gloriosos sucesos de 1810. Es una especie de banderola de damasco encarnado guarnecido con flecaduras de seda amarilla y colorada, con los emblemas que menciona el documento transcrito más arriba, y pasamanería de oro fino.

La ceremonia de sacar el estandarte se verificaba en la forma siguiente:

Reuníanse los miembros del Cabildo a la puerta del edificio capítular, jinetes en sus respectivas cabalgaduras. A la hora señalada, escoltados por los maceros a caballo vestidos éstos con sus ropones morados y sus mazas de plata al hombro, llegaban los cabildantes al Fuerte, cruzaban su puente levadizo y penetraban en su interior. El gobernador abandonaba entonces su morada y en compañía de los cabildantes pasaba a la casa del alférez real, donde los diputados nombrados para ello, se apeaban, tomaban en sus manos el estandarte, y sacándolo a la calle, hacían entrega de él al alférez, quien lo recibía montado ya en su cabalgadura.

Acto seguido poníase en movimiento la comitiva, en este orden: adelante, abriendo la marcha, los maceros, luego el gobernador, a su derecha el alférez real con el estandarte, y atrás los cabildantes y el pueblo.

Después de dar una pequeña vuelta por la plaza mayor, la comitiva dejaba sus cabalgaduras frente a la puerta de la catedral, que estuvo siempre ubicada donde se halla actualmente, y entraba en el templo para depositar el estandarte al pie del altar mayor.

Como se echará de ver por la pompa de que se rodeaba al acto, la

ceremonia de sacar el «estandarte» era considerada como la solemnidad más grande de que se podía rodear una fiesta civil o religiosa. Así, al acordar ese honor a la festividad de San Martín, el Cabildo agotó por completo las pomposidades del ceremonial. Y como si todo esto fuera poco, los habitantes de Buenos Aires rodearon siempre esta fiesta de cultos y festejos extraordinarios (1).

\* \* \*

En los días que precedían al 11 de noviembre, limpiábanse las calles, adornábanse con ramas de árboles las fachadas de las casas, establecíanse diversiones públicas, jugábase a la sortija y a las cañas, y nunca faltaban las corridas de toros.

Las solemnidades se iniciaban con el novenario rezado en la iglesia matriz, durante el cual predicaba el orador más afamado que había en la ciudad. Las fiestas propiamente dichas comenzaban la víspera del día 11 por la tarde, con la ceremonia del estandarte de que hemos hablado.

La documentación de la época colonial, que aún subsiste, prueba, con harta evidencia, que Buenos Aires profesó siempre especial devoción a su santo patrono. Así, cuando en 1611, en tiempo del gobernador Negrón, se erigió el primer hospital en lo que es hoy la casa de Moneda, la capilla que de acuerdo con las leyes de Indias se levantó en sus proximidades, fué consagrada a San Martín, como homenaje de la devota ciudad y por voluntad de los pobladores.

Nuestro historiador López, en una preciosa síntesis histórica sobre la sociabilidad del pueblo argentino durante la época colonial, afirma que entre los grandes espectáculos que solían interrumpir la monotonía de la vida porteña, los principales eran el Corpus Christi y la fiesta de San Martín. «Los ranchos cubrían sus paredes de vistosas colchas y mantas de todos colores; y en la fiesta de San Martín, que caía en el mes de los aromas, de las retamas y de los cabos, se cubría todo el pueblo literalmente de esas flores, simbolizando los colores del patrio pabellón.»

No vamos a transcribir los acuerdos anuales desde 1606 hasta 1809, que aún existen, y en todos los cuales consta la forma en que se celebró año por año la fiesta del 11 de noviembre, pero transcribimos a continuación los acuerdos más antiguos relativos a dicha conmemoración.

---

(1) AGUSTÍN PIAGGIO. *El Pueblo*, núm. del 10 de noviembre de 1917.



El 9 de enero de 1606 «fué electo y nombrado por mayordomo del Patrón San Martín desta dicha ciudad el Capitán Antón Higuera de Santana, vezino y regidor desta dicha ciudad, al cual dieron poder en bastante forma tanto cuanto pueden y ha lugar en derecho para usar el dicho oficio» (I, 179).

No consta en los «Acuerdos» si ese año y los dos siguientes se festejó el día de San Martín, pero a 26 de octubre de 1609 «se trató como de presente venia el día del Señor San Martín patrón de esta ciudad y que las calles de esta ciudad están llenas de yerbas y muchos barrancos, y para que se limpien se le encarga mande a todos los vecinos y moradores limpien y aderezen las dichas calles dentro de un término breve poniéndoles pena la que le pareciere, las cuales ejecute en ellos no lo cumpliendo, y así mismo dé aviso al obligado de las carnicerías que para el dicho día del patrón traiga los toros que se han de correr en la plaza pública de ella» (II, 198-199). Una semana más tarde nombraba el cabildo por diputados en la fiesta al capitán Pedro de Izarra, al alcalde ordinario Pedro Gutiérrez y a los cabildantes Julián Pavón y Juan de Garay.

Al año siguiente de 1610, y en el cabildo del día 5 de octubre, «se trató que atento a que está de muy próximo el día del Señor San Martín, Patrón desta ciudad, en que se ha de sacar el real estandarte y porque es justo solemnizarse conforme a la condición del poblador con fiestas de toros y cañas, como es costumbre, cometióse el dar orden y prevenir dichas fiestas al Alcalde D. Juan de Bracamonte y al capitán Víctor Casco de Mendoza, así mismo Alcalde ordinario, y Felipe Navarro y Cristóbal Nahallo, diputados de este Cabildo, para que desde luego comiencen a prevenir dichas fiestas» (II, 295-6).

El 26 de septiembre de 1611 acordaron los cabildantes y decretaron «se corran toros, jueguen cañas y corran sortija en la festividad de nuestro Patrón San Martín» (II, 403); el 8 de octubre de 1612 «acordóse que se traigan varas para garrochas, y hagan las púas para las fiestas de los toros del día de San Martín patrón de esta ciudad, lo cual haga traer y hacer el Mayordomo de la plata de propios que después se le dará libranza por lo que se gastare» (II, 436), y el 2 de noviembre de 1613 se trató en el Cabildo que estando «próximas las fiestas de nuestro Patrón San Martín» convenía «proveer y dar las órdenes necesarias para que se corran toros y jueguen cañas», y al efecto «se nombra al Alcalde y Regidor, diputados» (II, 474).

Más solemnes debieron ser las fiestas celebradas en 1614, pues según sabemos por el acuerdo del 27 de octubre, «se hizo demostración de un jubileo plenísimo concedido por la Santidad del Papa Paulo II al Hospital e iglesia de San Martín de esta ciudad, que se gana en ella vísperas y día del bienaventurado santo», por lo cual «y atento que para el día que se celebra la fiesta del Señor San Martín, advocación de esta ciudad que es a once del mes de Noviembre venidero, se ha tratado de pasar y colocar al bienaventurado San Martín de la iglesia mayor donde ha estado en depósito a la iglesia en el dicho hospital se ha hecho para celebrarse en el dicho de su día la festividad, se acordó que dé noticia de ello al Señor Pedro González de Santa Cruz, cura vicario de esta ciudad para que el domingo próximo a el día del bienaventurado San Martín se lleve en procesión por la tarde aderezándose las calles por donde hubiere de pasar y se regocije con solemnidad y para que se haga lo referido se cometió a el capitán Simón Baldés, tesorero, para que hable a el dicho Vicario y se dé la orden conveniente para la dicha fiesta y disponer el gasto de cera y otras cosas que fuere menester con asistencia de Francisco de Manzanares, Procurador general de esta ciudad» (III, 110-111).

El 12 de octubre de 1615 se acordó que «para el día del Señor San Martín se hagan las fiestas acostumbradas, toros y cañas» (III, 227); el 3 de noviembre de 1615 se resolvió, que se prevenga lo necesario y guarde la costumbre que se tiene para la fiesta del Señor San Martín y sacar el Real Estandarte y acompañamiento de él, y se prevenga predicador para aquel día» (III, 280); en 26 de septiembre y 13 de octubre de 1616 se encuentran análogos acuerdos (III, 372-374); el 16 de octubre de 1617 se acordó comprar garrochas y su colocación y hacer barreras y lo que es menester para las fiestas del día del Señor San Martín» (III, 463 y 466), y lo mismo se ordenó en 1618 (IV, 76 y 318), aunque la corrida de toros no pudo tenerse el día de San Martín, sino en la «fiesta de la Limpia Concepción de Nuestra Señora» por haber llovido aquel día. También en 1619 fué necesario trasladar los toros y juegos a otro día por la misma razón (IV, 314 y 318).

Algo más importantes son los acuerdos de 5 de noviembre de 1618 y 10 de junio de 1620 relativos al hospital de San Martín y al culto del santo. En el primero se dice que juntos los cabildantes «se trató y propuso que por cuanto es corta y desacomodada la iglesia del hospital del Señor San Martín, patrón de esta ciudad, a cuya



causa en los días de su fiesta no ocurre gente a las vísperas ni misa, acordase que la víspera de dicho Santo, por la mañana, se traiga el dicho Santo en procesión a la Iglesia mayor donde con comodidad se pueda celebrar su fiesta, y antes de traerle se diga misa en el dicho hospital y, acabada la fiesta, se vuelva en procesión.

«En este cabildo se dispuso para hacer traer los toros que se han de correr a el dicho Francisco García de Villamayor, y que se le dará la gente necesaria.

»En este cabildo se trató por cuanto Diego Rivero ha de servir de trompeta en las fiestas del Señor San Martín, patrón de esta ciudad, como lo hace e sirve de trompeta y atambor en las reseñas que se hacen y está desnudo, acordóse que por cuenta de propios se le dé un vestido de cordillate de color y jubón, lo cual compre el Mayordomo de la ciudad y se le dará libranza por lo que costare» (IV, 80-81).

En 1620, además de discutirse el trueque de un terreno perteneciente al hospital por otro más necesario al mismo, «el capitán Mateo de Grado dijo cómo la iglesia de el hospital tiene necesidad de repararse y alargarse para el dicho día de San Martín, que serán menester quinientas cañas y sesenta tijeras, cuatro tirantes y ocho llaves y tierra y paja porque lo que es labrar la madera y hacer las tapias el Hermano Martín de Rodrigo le ha dicho que él acudirá con los negros a ello y que sería necesario se pidiese limosna para este efecto y todos los capitulares les pareció conveniente.

«Y el dicho Depositario general Bernardo de León dijo que ofrece tres tijeras y dos soleras. El capitán Juan de Vergara dijo que dará dos tirantes, llaves, cañas y tijeras. El señor General D. Gil de Os- caris dijo que daba para el dicho hospital 10 pesos. El señor Licenciado Gabriel Sánchez de Ojeda, Alcalde ordinario, mandó tres carretadas de paja, y el capitán Mateo de Grado prometió diez pesos» (IV, 395-6).

A 5 de octubre de ese mismo año 1620, se acordó «se hagan y dispongan todas las cosas para que la dicha fiesta (de San Martín) se haga con la solemnidad y regocijo que es justo» (IV, 432), y lo mismo se resolvió a 19 de octubre de 1621 (V, 134), a 3 de octubre (V, 250) y 9 de noviembre de 1622 (V, 263), a 16 de octubre de 1623 (V, 415) y en todos los años sucesivos sin interrupción alguna que sepamos.

\* \* \*

En 1775, y durante el gobierno del progresista Vértiz, fueron

las fiestas de San Martín la ocasión de uno de esos altercados tan frecuentes y tan comentados como solían acaecer durante la época del coloniaje. La necesidad de arbitrar recursos para costear los faroles de la iluminación incitó al gobernador a no proporcionar al pueblo las acostumbradas corridas de toros, en la fiesta de San Martín, sino a trueque de cierto emolumento. La ilustre Municipalidad, fiel custodia de la costumbre, se opuso a ese arbitrio y no temió contradecir al teniente del Rey don Diego de Salas, negándose en absoluto a celebrar fiesta alguna, y mucho menos, las tan deseadas corridas de toros.

Observando el teniente del Rey (que desempeñaba el gobierno interinamente) que la fiesta favorita del vecindario no tenía lugar, convocó una junta de alcaldes de barrio, y exponiendo ante ella la conveniencia de proporcionarse fondos para pagar los faroles recientemente colocados en la calle, acordaron dar por su cuenta unas funciones de toros a despecho de los Padres del Municipio. En consecuencia, estando el día 7 de diciembre los señores alcaldes ordinarios en las casas capitulares—con mucho escándalo de ellos—aparecieron en la plaza varios carpinteros y otras gentes, tomando medidas y clavando señales para levantar sobre aquellos trazos los andamios y toriles. El Cabildo pidió explicaciones al gobernador interino acerca de aquel abuso de atribuciones, y éste no sólo le contestó con descomedimiento, sino que «abundó en cuantas especies son imaginables para calumniar al cabildo y a sus individuos, avanzándose hasta la temeridad de llamarlos perturbadores de la tranquilidad de la República» (1).

\* \* \*

La fiesta de San Martín no desapareció con el dominio español. En 1815 el Cabildo bonaerense resolvió continuar la tradicional costumbre, aunque resolvió que en la anual solemnidad del 11 de noviembre fuera reemplazado el real estandarte por la bandera patria, y que al toque de las 12 a. m. de la víspera fueran enarbolados los colores nacionales desde la fortaleza con una salva de artillería.

\* \* \*

En los años siguientes no creemos se innovara cosa alguna en cuanto a la forma en que se celebraba la fiesta de San Martín, aun-

---

(1) Véase J. M. GUTIÉRREZ. *Enseñanza pública superior en Buenos Aires*. (Bs. As. 1868).



que es muy probable que en más de una ocasión debieron los festejos de ser algo pobres y faltos de entusiasmo, dadas las dificultades que debía vencer el pueblo bonaerense para encarrilar el nuevo orden de cosas iniciado el 25 de mayo de 1810.

Cierto es que no se había considerado la fecha 11 de noviembre, y seguían los porteños considerando a San Martín de Tours como su protector, patrono y abogado. El siguiente documento, que copiamos en toda su integridad, confirma nuestro aserto, al propio tiempo que patentiza el carácter maniático de don Manuel de Rozas:

«Buenos Aires, 31 de julio 1839, año 30 de la libertad, 24 de la Independencia y 15 de la Confederación.

»El Gobierno, considerando, 1.º Que esta ciudad puesta desde su fundación bajo la protección de un francés, San Martín, natural de Tours, no ha sabido hasta la fecha, librar a esta ciudad de las fiebres periódicas, escarlatinas, ni aun de las secas y epidemias continuas, que en diferentes épocas han arruinado nuestra campaña, nuestras cosechas y nuestros ganados, ni las extraordinarias crecientes de nuestro río que destruyen casi anualmente una cantidad de obras y monumentos de la ciudad que se encuentran sobre la costa; en fin, que la viruela acaba de desaparecer a causa del descubrimiento de la vacuna sin que el Patrón por su parte haya jamás hecho el menor esfuerzo para librarnos de esa terrible calamidad; que para combatir las invasiones de los indios en la frontera, para sostener las guerras civiles y extranjeras, que nos han sobrevenido, hemos tenido que recurrir en el primer caso a la Santa Virgen de Luján, en el segundo a Santa Clara, Virgen también, con cuyo único consuelo hemos podido triunfar, mientras que nuestro Patrón, el francés, permanece indiferente en el cielo sin ayudarnos en lo más mínimo como era su deber.

»2.º Que nos abandona hoy que nos vemos atacados por enemigos todos fuertes y potentes, en este momento que su protección como militar sería muy necesaria y que debería hacer a un lado toda consideración de patriotismo, cuando por el contrario hace uso de una manifiesta parcialidad dando lugar a que San Ignacio de Loyola, con ese heroísmo noble y caballeresco que lo caracterizaba cuando vivía en este mundo, impulsado únicamente por su afección a esta tierra, a cuya población y conquista ha ayudado, y donde sus hijos han venido más tarde a fundar misiones por su orden, y con la esperanza de restablecerla inmediatamente, vino durante seis meses y en diversas ocasiones a defendernos, ayudándonos de acuerdo con la

Virgen del Rosario a destruir un ejército inglés de 11.000 hombres el 5 de julio de 1807 y obligando a la escuadra francesa a abandonar el injusto bloqueo que sufríamos, como lo hizo el año pasado el 31 del mes de julio, aniversario de su ascensión a los cielos.

»3.º Que es deber del Gobierno, al que ha sido confiada la omnipotencia del pueblo, y en virtud del tutelaje que se ha reservado sobre todas las Iglesias de la República a fin de conseguir esas ventajosas reclamaciones y restablecer las cosas sagradas, profanas, civiles y religiosas en beneficio del pueblo, purificando la administración de varios servidores extranjeros unitarios, vivos o muertos, y compensando los buenos servidores de la santa causa de la Federación.

»4.º Que los servicios prestados por esa orden el año pasado, y los que (lo esperamos) nos prestará actualmente el célebre militar San Ignacio de Loyola, son tanto más meritorios cuanto han sido voluntarios, haciendo más nobles los que ha prestado su ilustre hermano D. José M. de Loyola en la conquista del Paraguay, y que a más de todos estos méritos y servicios se halla hoy establecido, naturalizado en la República con casa y familia, cualidades que no posee el patrono extranjero que hemos tenido hasta ahora.

»5.º En vista de los motivos expuestos venimos en decretar y decretamos:

»Art. 1.º El francés unitario San Martín de Tours, que ha sido hasta hoy el patrón de esta ciudad, habiendo perdido la confianza del pueblo y del gobierno, abandonado por sus compatriotas, por el traidor Rivera y demás salvajes unitarios, es destituido para siempre del empleo de Patrón de Buenos Aires, medida que creemos conveniente para la seguridad pública y para el triunfo de nuestros derechos en la santa causa de la Confederación.

»Art. 2.º Atenta la antigüedad de los servicios prestados por San Ignacio de Loyola, venimos en acordarle una pensión de velas de cera de una libra y una misa cantada que se celebrará en su altar el día de su fiesta en la catedral.

»Art. 3.º El ciudadano naturalizado San Ignacio de Loyola queda nombrado Patrón de esta ciudad con la graduación y honores de Brigadier General de la República, debiendo usar la divisa federal.

»Art. 4.º Todos sus hijos usarán desde ahora la misma divisa, y gozarán perpetuamente de la pensión de 8.000 pesos mensuales.

»Art. 5.º El Exmo. Santo Patrón tendrá, todos los años, en la Catedral, las 40 horas, con plática, como gozaba su predecesor, sin perjuicio de lo designado para el día de su fiesta.



»Art. 6.º Habrá todos los años iluminación pública, fuegos artificiales, carreras de sortija y asado con cuero en la plaza pública durante tres días consecutivos con acompañamiento de corporaciones africanas que bailarán sus danzas nacionales.

»Art. 7.º Su instalación tendrá lugar el 10 del mes próximo, en la Iglesia catedral, con asistencia del Gobierno, representado por el ministro de Relaciones Exteriores y por todas las corporaciones civiles y militares, bajo el siguiente ceremonial: La víspera y el día señalado, todo el ejército estará formado en parada desde el establecimiento general de los Jesuitas hasta la Catedral, bajo las órdenes del Inspector de armas. Los RR. PP. Jesuitas conducirán, la víspera, la imagen del Exmo. señor Patrón Federal en procesión solemne desde su casa hasta la Catedral, acompañados del Reverendísimo señor Obispo Diocesano, del Capítulo y del Clero de las Iglesias, de todas las comunidades religiosas, de los niños de las escuelas, acompañados de sus maestros, y de la Cofradía Africana de San Benito de Palermo. Mi primer ayudante de campo irá delante del palio sagrado, montando un caballo ensillado al estilo del país, adornado de punzó y teniendo el bastón de Brigadier para el santo Patrón...; uno de mis oficiales superiores en representación del Ministerio de Gobierno recitará una arenga aprendida de memoria en el momento de entregarle el bastón de Brigadier.»

\* \* \*

Tal es el texto del disparatado decreto con que depuso Rosas a San Martín de Tours y puso en su lugar a San Ignacio de Loyola. Durante aquellos años de tiránico y malhadado gobierno, pudo regir una ley tan descabellada, fundada en motivos tan baladíes, fútiles y falsos, pero después de los sucesos de Caseros, y tal vez antes de ellos, volvió el pueblo bonaerense a celebrar el 11 de noviembre y a considerar a San Martín de Tours como patrono de la ciudad.

A estas líneas se reducen los datos y las noticias que hemos podido recoger sobre el origen histórico y vicisitudes del patronazgo que sobre nuestra capital ha ejercido desde 1580 el santo Obispo de Tours.

MIGUEL MENNA.